

registros, ni los informes se revisten de la honrada seriedad que les daría algún valor. Y entran el desconocido ó la incógnita en el seno de la familia, y es un asombro que no causen en ella mayores perturbaciones, que no sean más frecuentes de lo que son los atentados contra la seguridad y la propiedad. Se vive de milagro, porque tomar criados, en las nueve décimas partes de los casos, es como abrir la puerta de la calle y permitir á quien pasa por la acera que entre á habitar con nosotros.

**

En el caso especialísimo del Sr. Pastor, es algo más serio: es ir admitiendo, ex profeso, mujeres de vida alegre y antecedentes borrascosos, y fiarles no sólo la casa, sino el cuidado de la débil salud de un achacoso y de la gabeta de un millonario. — La plancha expiatoria tardó en hacer su oficio. Estaba, desde el primer momento, indicada; cerníase en los aires, vengadora, contundente y brutal. Cayó aplastando una cabeza vacía de meollo, ó que lo tenía ya seco por los excesos y los vicios. Yo no sé qué pasa con estos crímenes *ancillarios*, que es imposible interesarse por las víctimas, á pesar de lo muy antipáticos que son los asesinos.

**

En vano la prensa y el vulgacho aspiran á rodearles de una aureola de falsa y bastarda poesía. Cuando se trata de mujeres, lo primero es declararlas guapas, aunque la hermosura no exista sino en las pervertidas imaginaciones de los perseguidores de emociones patibularias. Se ve después el retrato y se comprueba que la cara guarda relación con el alma; se ve después, si llegan á ser presas, la cara y el cuerpo y el mirar y el hablar, y aún es mayor el desencanto. Sin embargo, por espacio de algunos días el romanticismo de baja ley ha hecho su oficio, y no ha faltado quien dibuje en su mente una Euménide angelical, suelto el blondo cabello y tintas las manos en sangre...

**

La nueva asesina de la calle fatídica sólo presenta un rasgo que la distingue de sus compañeras de *sport*, de las que «aprovechando la ausencia de sus amos» violentan los armarios, destripan los baúles y cargan con las joyas, ó más suaves en el procedimiento, se guardan diariamente un par de duros de sisa, amén de llevarle al caro soldado el azúcar, el café y el rico jamón del cuchero. — El rasgo distintivo de la Aznar es lo bien que supo escamotearse. Dijérase que se ha filtrado por el suelo ó que se ha evaporado en el aire. Y no hay cosa más difícil tal vez que esconderse, en esta época de reporterismo, de telégrafo, de gobernadores celosos, de jueces que fían á un proceso su buena fama; en esta época en que la gente se ha aficionado á las novelas policíacas y gusta de atisbar y pone sus comunicados género Montepin y Gaboriau. En este particular, la asesina no carece de mérito. El crimen en sí no encierra elemento dramático alguno; la desaparición, en cambio, vale oro. A los proscrios políticos nunca falta quien les auxilie, quien les proporcione medios de ocultarse; recuérdese el caso de D. Salustiano Olózaga, el del pretendiente Estuardo. A los proscrios por el crimen, en cambio, no les será fácil encontrar en su camino abnegaciones ni complicidades desinteresadas. Si la Aznar logra *no ser habida*, tendremos que declararla, en su clase, una mujer superior.

**

Hacia tiempo que el rayo no ejecutaba su prestigioso y terrible poder, semisobrenatural. Casi se le había perdido el respeto. Sólo por costumbre, por esas rutinas del lenguaje que tanto perseveran, repetían aún los malhablados: «Así un rayo me parta.» «¡Rayos y truenos!» y escribían los novelistas de á real la pieza: «Un rayo cayendo á sus pies no le hubiese aterrado más...» «Con la velocidad del rayo...» y otras frases parecidas.

Y las velas benditas dormían en el cajón del oratorio; y el Santo Trisagio ya no se les enseñaba á los niños... Fué preciso este año de perturbaciones meteorológicas y geológicas, este año en que los volcanes se pusieron á desmenuzarse y á gruñir, como viejos titanes que se despiertan de un sueño secular, y en su desmerezo y su escupir reiterado, catarrroso, hicieron desaparecer millares de seres humanos en una hora, para que también el rayo se acordase de que era uno de los terrores de la Edad Media, uno de los «azotes» que agrupaban á la multi-

tud penitente y humillada bajo las bóvedas de las catedrales, y escogiese, para reivindicar sus fueros de «ministro de la cólera divina», una pobre iglesia de aldea, donde unos míseros labradores se arrodillaban rezando por un difunto las preces fúnebres.

Con gran inteligencia escénica el rayo eligió, para caer, el momento en que el sacerdote entonaba las tremendas cláusulas de la *secuencia*:

Dies ira, dies illa...

Y con una fuerza que no creo que Echegaray ni nadie sea capaz de medir por *amperios* ni por *voltios*, el rayo penetró, Dios sabe de qué manera — la iglesia continúa en pie, — y de una sola vibración mató á veinticinco personas y malherió á ciento ocho. De estas ciento ocho, hay diez y nueve que morirán, de seguro, porque no se sobrevive con el vientre carbonizado ó con los muslos hechos ceniza.

**

Yo creo que lo que más aterra del rayo es la imposibilidad de calcular sus efectos, lo inesperado de su acción. Diríase que el rayo es un ser consciente y se divierte en caprichos extraños, en jugarretas de bufón loco. Cuando cayó en la catedral de Santiago, se llevó los clavos del zapato de un hombre y los grabó en las espaldas de otro, sin causarle dolor alguno; arrancó los tachones de una puerta enorme y los trasladó á un muro; fué, en suma, un rayo bromista, que no señaló su paso con huella de lágrimas. Si se creyese que siempre había de proceder así, la gente miraría hasta con cariño al rayo. Sólo que de pronto saca las uñas, y se conduce como en Piñeiro, del modo más inconsiderado y atroz, amén de injusto, porque recayó la furia sobre una gente humilde, sencilla, creyente, reunida para practicar un acto de religiosidad, el último deber para con un prójimo.

Cuando acaecen cataclismos inopinados y que todo el poder del hombre no alcanzaría á evitar, como el de la Martinica y el de Piñeiro, la superstición gana terreno en las almas; se cree en presagios, surgen las leyendas de lo maravilloso.

Uno de los míseros *electrocutados* de Piñeiro es fama que le dijo á su mujer, momentos antes de salir de casa para dirigirse á la iglesia donde le esperaba fin tan... ¿qué sabemos?, quizás tan dulce:

— Mujer, dame un trago de vino, que tengo el cuerpo no sé cómo...

Y á los pocos momentos añadió:

— Dame dos en vez de uno...

— ¿No sería mejor á la vuelta de la iglesia?, preguntó la hacendosa y económica aldeana.

— ¡A la vuelta! ¡Déjate de vueltas! Me avisa el corazón que no vuelvo, respondió el marido.

Y ella, santiguándose, murmuró al estilo del país:

— ¡San Silvestre! ¡Brujas fuera!

**

También sale á relucir, con motivo de la enfermedad penosa del rey Eduardo, la conseja — que en efecto es antigua y popular en la Gran Bretaña — de que nunca se coronará este rey.

Si mejora y llega á coronarse, Eduardo VII dará un mentís á todos los agoreros de sus Estados. Lo cual demuestra que no es el Mediodía, Italia, ni España donde florecen las creencias en presagios y fechas fatales, sino que también los anglosajones (raza fuerte) poseen un rincón en la fantasía donde teje su tela la araña del miedo á lo desconocido. ¿Hay nadie que pueda considerarse completamente exento de esos pavores sin objeto y esas aprensiones sin raíz? El poeta tenido en concepto de escéptico; el filósofo y pensador que escribió las *Doloras*, nunca quiso sentarse á una mesa en que habíamos de ser *trece*. Fué preciso traerle un número *catorce*; si no, en el rincón se queda, acurrucado y triste, viendo ya venir la muerte, guadaña en mano. No por echarla de espíritu fuerte (detesto á esos que hacen alarde de racionalismo barato), — sino porque realmente lo de los *trece* no me asusta, á menos que sólo haya comida para doce, — traté de convencer á Campoamor de que eso de los *trece* se deriva de la Cena de Cristo, de Judas, etc., y es una idea de la Edad Media, que ya no hay razón para que nos preocupe. Y recuerdo sus palabras.

— Cuando uno es el más viejo de todos, hija mía..., cuando uno tiene ya tantos años..., el premio de la lotería negra le cae de seguro...

— Entonces, D. Ramón, ¿qué más da? Si de todas suertes el premio había de caer...

— ¡Por si acaso!, declaró moviendo la hermosa cabeza blanca.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NOTAS

Esto de los crímenes sensacionales ofrece una inapreciable ventaja, que no estimarán en su valor los burgueses, pero que no desdeñan los artistas y los jornaleros de la pluma: ser un asunto de crónica caído del cielo — digo, ¡no!, venido de donde sea, del satánico abismo, del pozo de la iniquidad, — pero siempre oportunamente cuando no se halla á mano otro tema más del agrado de S. M. el público, que suele pirrarse por lo espeluznante y lo sangriento.

**

El crimen de actualidad, el «nuevo crimen de la calle de Fuencarral», según rezan los diarios, se presta á las mismas observaciones que ya hice á propósito de otros análogos, y presenta el mismo cuadro de síntomas, revelando igual estado de corrupción profunda en lo que es moda conceptuar muy sano y poner en contraste con las clases elevadas: el pueblo. — Estos crímenes *ancillarios*, cometidos por la servidumbre, delatan cuáles son, con bastante frecuencia, las relaciones de amos y criados, cuál el criterio moral que á semejantes relaciones preside, y cuáles las costumbres de gentes que figuran en las filas de esa clase media y de esas clases inferiores donde se desenvuelve la vida normal de una nación.

**

¿Se acuerdan ustedes de doña Luciana Barcino, la víctima del primer crimen de la calle de Fuencarral? Poseedora de una bonita fortuna, perteneciente á una familia distinguida, aquella señora vivía indecorosamente. No la repugnaba admitir bajo su techo, con título de servidora, á la concubina de su hijo; no tenía muebles, ó punto menos, y ella en persona se traía á casa el pescado para el guiso, perfumando ropa y coche con las emanaciones que el lector supondrá. Desorden y falta de dignidad parecidas encontramos en la víctima del crimen segundo. ¿Qué clase de conexiones eran las suyas con sus criadas? ¿Qué género de serrallo incesantemente renovado el que desfilaba por su cocina? ¿Qué significaba, en hombre tan acaudalado, la carencia de mobiliario, y en hombre de pensar algo culto el hecho de pasearse con su doncella en coche todos los días, y de bajar él á recoger los dulces quedándose ella repantigada? ¿Qué mucho si sus servidoras venían de los focos de inmoralidad consentida y tenían que parar, más tarde ó más temprano, en asesinatos y ladronas?

No se reflexiona lo bastante en la gravedad que entraña el acto de recibir y dar alojamiento y mesa, en la mayor intimidad del hogar, á una persona enteramente desconocida, criado ó criada de servir. Si los registros policíacos fuesen una verdad, podrían prevenirse muy desagradables lances. Pero ni los